

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE MENA

(DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA)

Recordación de un cordobés  
enterrado en Castilla



JOSE M. DE MENA

THE REAL ACADEMY OF SCIENCES

Recordación de un cordobés  
enterrado en Castilla

*S*

## JOSE M.<sup>a</sup> DE MENA

(DE LA REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA)

# Recordación de un cordobés enterrado en Castilla

Uno de los más preclaros varones que han dado renombre a la ciudad de Córdoba, fué Juan de Mena, y por desventurado azar, Córdoba ha olvidado casi su memoria. Ni siquiera le ha rendido, reeditando sus obras, el tributo de homenaje que merecía. Y tal como fueran enterrados sus restos en el año de 1456 en el pueblo de Torrelaguna, donde en un viaje le sorprendió la muerte, continúan, sin que hasta hoy se haya logrado traerlos a que reposen en la tierra de Córdoba, de la que a más de hijo ilustre, fué prudente regidor y «caballero Veinticuatro», título el máspreciado en el siglo XV español, cuando en Córdoba estaba la corte de Castilla, bajo el cetro del Rey Don Juan II.

### El linaje y el hombre

Fuó Juan de Mena perteneciente a uno de los más alcurniados linajes de España, cuyo solar estuvo en el Valle de Mena, en las montañas de Burgos. Su aportación de sangre a la Reconquista fué generosa, y ya desde el siglo XIII aparecen en las crónicas los apellidos de esta estirpe. En 1255 Fernando de Mena es comendador de Calatrava: Alfonso Fernández de Mena,

consejero del Rey don Pedro I, y Ruy de Mena, tesorero del reino y alcaide de Burgos.

A fines del siglo XIV los Menas se radican en Córdoba. El primero de que tenemos noticia es Ruy Fernández de Mena y Peñalosa, señor de Almenara; su hijo Pedrarias Mena regidor de Córdoba. Este Pedrarias es el padre de Juan de Mena.

Nació Juan de Mena en 1441. Córdoba era entonces una ciudad de las primeras del reino. Conservaba el esplendor de la época árabe en construcciones y población. La judería y la morería contaban con varios miles de familias, y el comercio y la industria alcanzaban una prosperidad floreciente. No hay que olvidar que el ministro de Hacienda de Juan II es un judío, Samuel Levi, y que la corona de Castilla mantiene una situación de «statu quo» con los reyes moros de Granada. Es la época en que los notables granadinos, acuden a las fiestas de cañas y sortijas en tierra de cristianos, y en que los nobles de Castilla ventilan sus cuestiones personales pidiendo licencia a los moros para batirse en campo suyo.

En esta época y ambiente nace Juan de Mena. Su biografía nos la darán el comendador Griego y Valerio Francisco Romero, este último en unos versos en estancias titulados «Epicedio», al frente de la edición, que él sacó a la luz, de las obras del gran ingenio cordobés.

Juan de Mena quedó huérfano muy niño y empezó a estudiar en Córdoba, pasando a los veintitrés años a Salamanca y a Roma. A su regreso traía tal fama de humanista, que el Rey, le nombró su secretario de cartas latinas, y más tarde caballero Veinticuatro y cronista del reino. De estudiante a fedatario de los hechos reales, testigo de excepción ante la historia.

Intimó con el rey, fué amigo leal de don Alvaro de Luna, compañero fraterno del marqués de Santillana. Juntos, él y el marqués, pasaron por Finojosa, por Hinojosa del Duque, do el de Santillana vió la vaquera más hermosa de toda la raya fronteriza.

Y sobre todo ello fué poeta. Versos, versos en su vida y en sus amores. ¿Sabe alguien cuáles fueron los amores de Juan de Mena? ¿Y dónde fueron los amores de Juan de Mena? En Montoro aún existe el solar, venido a tierra el tejado y los muros, de su casa. En una cuesta angosta y empinada. Como el palomar arruinado que tenía en su tierra aquel hidalgo del Lazanillo de Tormes.

Los amores de Juan de Mena. Había conocido en Italia el buen amor de las mozas rubias que ensayaban, con un siglo de adelanto, las actitudes de «Flora» y de «Venus ante el músico» presintiendo los pinceles de Tiziano. Y había conocido en Italia el dulce amor de los endecasílabos en labios de mujer, sabrosos como besos furtivos.

«Ceffiro dolce nella novella fronda  
quidi un cantare quici altro cantare».

En Florencia hosterías, en Nápoles vendimias, góndolas en el canal de San Marcos del Véneto, bailes en Roma y jardines en el Transtevere. Amores y mujeres, y juventud, y versos. Tenía entonces Juan de Mena veinticinco años. Pero... a su regreso a Córdoba, después de tantos besos y tanta risa loca, descubre que aún no conoce el amor, ese amor decisivo aún no lo conocía porque su hora no era llegada todavía.

Y una tarde —¿en Córdoba, en Montoro?— encuentra en su camino a una mujer.

En el «Epicedio», Valerio Romero dice escuetamente: «hermana de dos ciudadanos de Córdoba, García y Lope de Vaca».

Hermana de García y de Lope. No tenía padres entonces. Ellos, Lope y García, significaban en la ciudad. Ella era la hermana. Única. Sombra blanca en casa de los dos hermanos ocupados en negocios públicos. En el recato de sus habitaciones, tras la cancela en el patio o en el jardín pensaba ya en una vida mansa y hacendosa, cuidando la casa y la hacienda de sus dos hermanos, don Lope y don García, y de repente apareció —¿en Córdoba, en Montoro?— Juan de Mena, el poeta. Venía de Italia y tenía veinticinco años, tal vez veintiséis.

Aquí comienza el idilio y acaba la primera parte de la crónica.

## II

### El amor

Ella aparece en la vida de Juan de Mena para enderezar su camino. Años atrás, meditando en las tardes suaves bajo la luz de Italia dorada y amorosa, ha tratado él muchas veces de desentrañar el oscuro sentido de la «Divina comedia». Se le escapaba por entre los dedos como un puñado de agua, dejándole sólo el frescor de la rima y la grata cadencia del metro endecasílabo.

«En medio del camino de la vida  
extraviado me ví por selva oscura,  
que la derecha senda era perdida».

Ahora por los ventanales de su alma abiertos de par en par, entra una luz celeste que le ilumina lo que antes no acertara a ver. «En medio del camino de la vida». Juan de Mena tiene veinticinco años, y la muerte montará a la grupa en su última cabalgada de Córdoba a Burgos, pasando por Torrelaguna antes de que haya cumplido los cincuenta.

A su regreso de Italia, Juan de Mena es ya en potencia lo que puede llegar a ser. Su cultura y su arte han madurado pronto como los naranjos frente al mar latino, como las manzanas de los pomares ribereños del Tiber. Pero le falta recoger el fruto. Y no acierta el cómo ni el cuándo que la derecha senda era perdida.

Ella —¿sabe alguien cómo se llamaba ella?—, la hermana de los dos ciudadanos don Lope y don García para el cronista Valerio Romero. Para Juan de Mena y para nosotros no necesita nombre ni familia. Es, ella, sin que se pueda confundir con otra. Ella va a cogerle de la mano como Beatriz al maestro de Alighieri para conducirlo a la gloria. En la vida de los hombres, de todos los hombres, el secreto del triunfo está siempre en manos de la mujer. Las manos blancas, finas, acariciantes, tan débiles y que sin embargo por milagro de amor tienen firmeza y pulso para guiar, para sostener, para enderezar la vida del varón cuando la derecha senda está perdida.

Bien. Ya ha encontrado Juan de Mena la mujer. Pero ¿cómo llegar a ella? Escribimos mejor ¿cómo llegar a Ella? Con mayúscula, con una mayúscula tan alta que el poeta siente la angustia y el vértigo de la distancia. ¿Cómo llegar a Ella? Italia, estudios humanísticos, veinticinco años. ¿Quién le conoce en Córdoba? Córdoba, corte del Rey don Juan II. Algarabía vistosa de armas y arreos en las justas. Aristocracia militar. Medievo con blasones de pendón, horca y cuchillo y cadalso. Córdoba, corte del Rey don Juan II. Calle de la Platería, calle de los Sederos, calles de la Judería. Bancos de cambio en la Lonja. Exportación de cordobanes, guadamecías, sedas. Medievo gremial y comerciante —aristocracia del dinero— bajo la aguda mirada aquilina del banquero real Samuel Leví.

¿Y qué puede hacer un poeta, un latinista, en medio de esa corte donde resplandece el oro y el hierro?

Ella está allí. ¡Ella!, prisionera entre afanes domésticos y escrituras de casas, de olivares, de tierras de labor. Don Lope y don García.

Don Lope y don García, tienen dinero y como tienen dinero, don Lope y don García tienen amigos. Juan de Mena sin dinero ni amigos, sólo tiene amor y celos.

Años más tarde escribía el «Laberinto de fortuna». Laberinto, confusión y ceguera en busca de la fortuna para llegar a ella, y recordando sus angustias dirá en versos inmórtales las mismas

palabras que por la noche, frente a las aguas oscuras del Guadalquivir —tentación del suicidio por amor difícilmente vencida— ha pensado obseso de ternura, de celos y desesperanza:

«Fin me demandan  
mis largos tormentos».

Ah, pero en Córdoba hay, tiene que haber un sitio para él. ¿Habíamos dicho que no? Por ella, para llegar a ella tiene que haberlo. En la senda derecha, no extraviándose por caminos de armas o comercio que no sean los suyos. ¿Y cuál es su camino? ¿Por el que ella va a guiarle como Beatriz al de Alighieri?

En el «Epicedio», Valerio Romero escribe:

«Fué hombre elocuente, de tales razones,  
heroico poeta de tanta cordura,  
de estilo sublime y de tal altura  
que a nuestro Lucano le quiso igualar».

Le quiso igualar y le igualó. Elocuencia, poesía heroica. Corte bancaria y militar. Elocuencia para convencer, poesía para ensalzar o para fustigar. Elegía a la muerte abnegada del conde de Niebla ahogado por salvar a los suyos en un desembarco frustrado. Sátira punzante en las célebres «Coplas de la panadera».

Ya no es Juan de Mena el estudiante mozo que volvió de Italia y a quien nadie conoce. La corte busca sus elogios y teme sus diatribas. Ya es Juan de Mena el poeta cortesano y el cronista del reino, secretario del Rey, «caballero Veinticuatro», regidor de Córdoba.

Don Lope y don García, tienen casas y olivares y amigos. Pero ya no tienen hermana.

Manos blancas, suaves, finas, de ella. Ni siquiera sabemos su nombre. Ahora ya bajo la caricia de estas manos, Juan de Mena escribía su obra de madurez, la que le hará inmortal. Empieza la gran etapa de su vida.

### III

#### La obra y la escuela de Juan de Mena

Pero dejemos a un lado el «Laberinto de Fortuna». Hay tanto de que hablar tratándose de Juan de Mena. Por ejemplo, de «La coronación». Tres años después de su muerte sale a luz

esta obra. Uno de los primeros incunables de España. ¿Zaragoza? 1459. Título «La Coronación o Calamicleos. Tratado de miseria y gloria».

Sin nombre del impresor. Probablemente uno de los primeros discípulos de Gutemberg o de Lorenzo Coster, con imprenta ambulante.

En la «Coronación» Juan de Mena rinde tributo de admiración devota y cordial a su buen amigo el marqués de Santillana. Raro ejemplo de lealtad. Mena no necesitaba halagarle, pues que su posición en la corte como cronista y secretario, le nacía disfrutar el favor del monarca.

Lealtad y amistad que los dos poetas apuran como un vaso de vino contortante hasta el fin. No hay en ellos celos literarios ni puntillos de vanidad. Santillana escribe sonetos al itálico modo, pero Juan de Mena es quien ha introducido el endecasílabo, aunque prefirió el pie de doce por ser más castellano.

Cristóbal de Castillejo nos lo dice en su graciosa e intencionada sátira contra los italianizantes:

«Juan de Mena como oyó  
la nueva trova pulida  
contentamiento mostró  
caso que se sonrió  
como de cosa sabida,  
y dijo: según la prueba  
once sílabas por pie,  
no halló la causa por qué  
se tenga por cosa nueva  
pues yo mismo las usé».

Lealtad para con el amigo, lealtad para con los amigos. Virtud rara en todos los tiempos ésta, y más en el suyo.

Durante la privanza del de Luna toda la corte bullía en pugilato de adulaciones. En el capítulo de la crónica titulado «De una justa que el Condestable don Alvaro de Luna hizo en Valladolid», se ve que la justa fué más bien torneo de halagos y rebajamientos cortesanos. Luego cayó don Alvaro y las cañas de justas se volvieron lanzas para ensañarse en él. Solamente una voz en medio del feroz estrago se alzó para defender la memoria del desgraciado Condestable: la voz de Juan de Mena, leal, generoso, prudente. Y era el que menos le debía. Sus relaciones se habían limitado a hacer él un favor a don Alvaro, al escribirle el prólogo para su libro titulado «Libro de claras e virtuosas mujeres».

De esta lealtad sacó buena enseñanza Jorge Manrique, según le vemos referirse más tarde al de Luna.

En metros diversos escribió Mena poesías menores, fes-



tivas y amorosas que figuran intercaladas en el Cancionero de Baena. Después, las «Coplas contra los siete pecados capitales», que dejó inconclusas llegando sólo hasta la Ira, y que intentaron terminar poetas ilustres como Gómez Manrique, —el autor de las célebres estrofas «Nobles discretos varones...» y tío de Jorge Manrique— Pero Guillén y Fray Hierónimo de Olivares, de la Orden de Alcántara, intento que demuestra no sólo la excelstitud del poema, sino que Juan de Mena tuvo seguidores, continuadores de su obra, imitadores; en una palabra, que Juan de Mena creó escuela. Y otro segundo botón de muestra, aunque con uno baste, es el título de la colección poética de Pérez de Guzmán (Sevilla, 1516), «Las setecientas», clara parodia del título vulgar del «Laberinto de Fortuna».

Un escrito poco conocido de Juan de Mena es el «Desir que fizo sobre la justicia e pleitos, e de la grand banidad de este mundo», descubierto recientemente en un códice contemporáneo hecho por Fernando Martínez de Burgos.

Y aún deben quedar cientos de poemas sueltos de los que escribiera para sus amigos, para el Rey, para los caballeros y damas de la corte, en la que brillaba como astro singular mimado por la fortuna a la que logró encerrar en su laberinto.

¿Y la prosa de Juan de Mena? Qué de criterios dispares, y qué de juicios contradictorios. Algunos críticos, a la vista de su compendio de la *Ilíada* (**Mena fué el primer traductor de Homero a nuestro idioma**) y del comentario a su «Coronación» afirman rotundamente que fué «un mediocre prosista». Y a renglón seguido, al ocuparse de la «Crónica de Juan II» afirman con Mondéjar que es «la más puntual y segura de cuantas se conservan antiguas». Contradicción flagrante pues que el cronista regio era Juan de Mena, y aún cuando refundida es la versión que conocemos, a él corresponde la gloria de su perfección, al menos en buena parte.

También es esta cuestión que debería estudiarse con interés y cariño. A imitación de lo que, por ejemplo, hizo la Asociación de amigos de don Juan Valera, dotando un premio para estimular el estudio de la obra del preclaro egabrense, y que dió excelentes frutos, como lo demuestra el brillante «Ensayo sobre las ideas estéticas de Valera» de Pascual Santacruz, que hoy por hoy es fundamental para el conocimiento de la obra del autor de «Pepita Jiménez». Un premio provincial o municipal, o de alguna entidad consagrada al fomento de la cultura, daría como resultado el que los eruditos e investigadores revisasen cuanto se ha dicho sobre Juan de Mena y cuanto no se ha dicho. Así podría lograrse una biografía y una crítica del gran poeta cordobés que todavía, al cabo de cinco siglos de su muerte no se ha hecho.

## I V

**La obra y la crítica**

Y he aquí a Juan de Mena en el más alto rango literario de su tiempo. Lo comparte con el marqués de Santillana, pero no cabe duda sobre cual de los dos realiza una labor de más altos vuelos.

El de Santillana tiene la musa alegre, apicarada y bucólica. Bromea en deliciosos versos, entre populares y cortesanos sobre la belleza de aquella vaquera de la Finojosa, o de aquella otra a la que jura que no parece villana aunque lo sea.

A veces se eleva a las cimas de lo lírico y brotan entonces sus sonetos «fechos al itálico modo» con un dulce regusto de Petrarca:

«quando yo veo la gentil figura...»

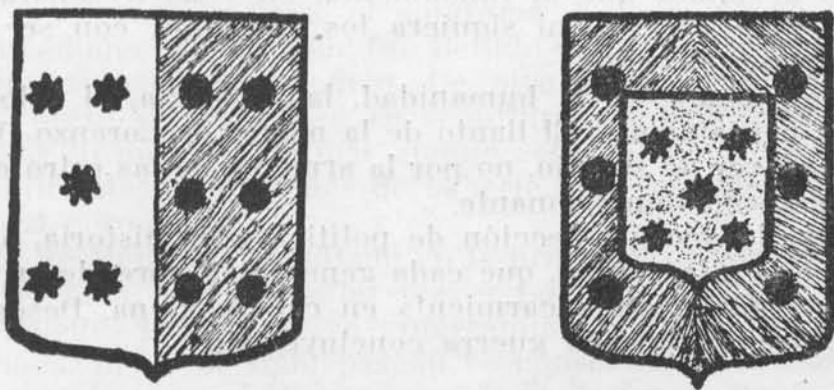
Santillana es aquel fauno que San Antonio bautizó en el yermo. Festiva paganía de la siringa y el sistro, del racimo y los pámpanos y el verde laurel, suavizado por las aguas crismales de la Redención. Pero las mañanas suaves cruzando la sierra, cuando suenan esquilas de ganado y sopla un airecillo retozón y fresco, el fauno bautizado saca la flauta pánida de la alforja caminera y pone un contrapunto jovial y riente al tañido cantarín de la campana de cada ermita campestre o aldeana.

Juan de Mena es, por el contrario, elocuente, profundo, sereno. Y si en Italia bebió los zumos de Alighieri, a su regreso a España no los importa sino que prefiere el esfuerzo de elevar nuestro idioma, con un sentido plenamente autárquico. A diferencia de Santillana, y de sus seguidores Boscán y Garcilaso que siembran la pedrería deslumbrante, pero fácil, del italianismo, Juan de Mena saca del arca española el buen paño de los viejos vocablos y los adereza y sazona para ponerlos a punto en la mesa literaria de su tiempo. No hay que perder de vista que aun faltan muchos años para que Nebrija sistematice gramaticalmente nuestro idioma. («Las trescientas» de Mena se escriben en 1444, y Nebrija nace en el 41). Así Juan de Mena tiene sobre sí la responsabilidad de trabajar con una lengua todavía anárquica, responsabilidad a la que no se sustrae, sino que acepta y afronta honrosamente.

La obra de Mena en verso es varia, desde el moralizante

género de las «Coplas de los siete pecados mortales», hasta el epigramático latigazo de las «Coplas de la panadera», en un tiempo atribuidas a Stúñiga, y que son la sátira política más valiente y desenfadada que se escribiera en todo el siglo XV.

Pero el gran monumento literario legado en verso a la posteridad por el poeta cordobés es el «Laberinto de Fortuna», más conocido por «Las trescientas» cuya primera edición que sepamos es la de Sevilla en 1499 sacada a la luz por el comendador Griego.



Escudos de los Mena. Reproducidos del heráldico de Carranza

En «Las trescientas» hay un aliento poderoso de inspiración difícilmente igualable. Lo de menos es acaso lo que los comentaristas y críticos al uso estiman por principal, el desarrollo dantesco, los círculos simbólicos. Y aun de ello habría mucho que hablar. Hasta ahora se ha venido admitiendo por moneda de curso, la opinión de que Mena imitó en su «Laberinto» la comedia del Dante.

En literatura es fácil señalar coincidencias, pero no debe olvidarse que existen unas fuentes primeras, acaso tampoco del todo originales, pero que hay que tener por tales en tanto no aparezcan otras más antiguas. Recientemente, el más glorioso arabista español, Asín Palacios, en su «Escatología musulmana en la Divina comedia» señaló que el Dante había tomado copiosas ideas del acerbo literario árabe para la realización de su obra. Si Juan de Mena, cordobés, tuvo un contacto directo con la literatura islámica, —aún no se había expulsado a los moros de España, y existía una relación e influencia mutua entre el saber cristiano y el árabe en las cortes de la península— ¿por qué obstinarse en degradar sus méritos pensando y sosteniendo

que tomó de segunda mano en Italia lo que pudo tomar de nuevo en Córdoba? Es urgente, y nuestra ciudad debe poner empeño en ello, que se realice un estudio a fondo, de la cuestión para ver de destruir de una vez los prejuicios seculares que pesan sobre la obra de nuestro primer poeta medieval.

Juan de Mena conoció la obra del Dante; bien. Pero esto no demuestra que la imitase. Si acaso, lo que podemos conceder es que, muy hombre de su tiempo, respiró el ambiente de entonces, y por tanto había de coincidir con todos aquellos ingenios que como él poseyeran una misma erudición y un mismo don divino.

Pero decíamos que lo fundamental en «Las trescientas» no es ni el plan general, ni siquiera los episodios, con ser bellísimos algunos de ellos.

Lo importante es la humanidad, la sapiencia, el calor y el valor del pensamiento. El llanto de la madre de Lorenzo Dávalos ante el cadáver de su hijo, no por la armonía de las estrofas sino por el realismo impresionante.

Y aquella decisiva lección de política y de historia, amarga como la hiel y la verdad, que cada generación aprende en sí por aquello de que nadie escarmienta en cabeza ajena. Desde Cartago a Núremberg cada guerra concluye igual.

«Hoy los derechos están en la lanza  
y toda la culpa sobre los vencidos».

Calor, y experiencia, y valentía de decirlo. Y qué buen decir; qué elegante decir el de Juan de Mena en estos versos que bien valen su prosa, y la prosa de todos los tiempos.

## V

### **La muerte y el descanso**

Entre Córdoba y Burgos, cabalga Juan de Mena. Al paso por Torrelaguna se sube la Muerte a su grupa. Es en 1456, y el poeta está en los cuarenta y cinco de su edad. ¿Cuál es el misterio de esta vida que se quiebra de pronto? Circunstancias confusas rodean el hecho. Para unos fué arrastrado por una mula. Para otros, «murió de un rabioso dolor de costado» como escribe Valerio Romero.

Es el primer poeta de su época, cronista del reino. Y sin embargo no se dice más concretamente de su muerte. Extraño lance, y sospechoso. «Arrastrado por una mula». Poco antes ha escrito Mena unos versos satíricos contra un arcipreste que vendió un mulo. ¿Coincidencia? No falta quien relacione este epigrama con la versión que corre sobre su muerte. Tal vez la mula que le costó la vida fuera la misma, sobre que escribió su epigrama. O más claro aún. Tal vez murió por haber escrito un epigrama cuya doble intención hoy no podemos percibir y del que sólo entendemos el sentido literal. Entonces, el rabioso dolor de costado pudo ser la causa inmediata de la muerte, mientras la causa remota fuese el epigrama. Y si, como en el caso de Villamediana «el matador fué Bellido y el impulso soberano», quedaría explicado el silencio. De otro modo, Santillana que tanto le quiso y que costeó su sepultura, no habría dejado de mencionar su muerte con más amplio espacio que el de un simple epitafio. Máxime después de haberle dedicado Mena todo un libro: «La coronación».

Juan de Mena fué sepultado en la principal iglesia de la villa de Torrelaguna, junto al altar mayor por mandato del arzobispo de Toledo. Del primitivo enterramiento que se le hizo no queda nada. ni en el siglo pasado se conservaban vestigios. En 1869 los restos se recogieron para trasladarlos al Panteón Nacional. Pero esta iniciativa comenzada se interrumpió como tantas otras, y la arqueta en que se encerraron continuó en Torrelaguna.

En 1936, la guerra llevó esta arqueta al Museo Arqueológico Nacional, de donde se devolvió a Torrelaguna en 1939. La Real Academia Española en 1945 hizo disponer un enterramiento mural, que en presencia del arcipreste Bienvenido Herranz, y los señores Julio Casares, Armando Cotarelo, F. Viviani, Gerardo Vera, Dionisio Márquez, Paulino Uzcudum y otras personas que firmaron como testigos, alberga desde el 29 de junio de 1945 los huesos del poeta.

El 9 de junio del mismo año, la Real Academia de Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba había iniciado unas gestiones para conseguir el traslado de los restos de Juan de Mena a nuestra ciudad. Sin embargo este laudable empeño no pudo prosperar. Academia por Academia era natural que prevaleciese el criterio de la Española y sus razones.

Pero Juan de Mena no fué sólo poeta. Fué «caballero Veinticuatro» de Córdoba, y regidor del municipio. ¿Es que solamente la Academia debió poner interés en la petición de los restos? ¿No es Juan de Mena una gloria local tan ligada a la vida del Ayuntamiento, que justifique la intervención de éste?

Pasados ya casi cinco años del último enterramiento de Juan de Mena, cabe abrigar de nuevo la esperanza de que sea

Córdoba, su cuna y el lugar de su trabajo y su gloria, la que guarde el venerable depósito de sus cenizas.

Cenizas de Juan de Mena. ¿Pero cenizas? Rescoldo, llama, llama viva que aún abrasa. Vive el poeta en nuestro idioma. Palpita en cada vocablo, en cada giro, en la gracia de cada consonante. Sin él, sin los que como él sostuvieron con pulso firme las riendas del hablar hispano, se nos habría desbocado la expresión en todos los caminos y en todas las enrucijadas; la herencia de Roma, la raíz de nuestra latinidad habría desaparecido a cada bote de lanza en nuestros avatares heroicos de Flandes, el Rosellón, Italia, el Franco Condado, Lombardía Túnez y las Indias. Sin el aliento de Mena y de Nebrija, no hubiera existido un idioma imperial, el más armonioso y viril que han conocido los siglos. Lenguaje para la guerra, canciones a son de pífano y atambor de los Tercios Viejos. Lenguaje para el pensamiento y el derecho, para la didáctica y la filosofía, sutils razonamientos de Vives y Vitoria, v Saavedra Fajardo, y Gracián. Lenguaje para la novela y la historia, herramienta sublimada por Cervantes, espada artesana de Bernal Díaz del Castillo. Y lenguaje para el amor, para el amor a lo divino de Teresa y Fray Luis: para el amor humano de Cetina, de Argensola, de Tassis. Para el amor que en lo más hondo de su corazón sufrió y gozó, él mismo, Juan de Mena, cuando a su vuelta de Italia, cegaron sus ojos ¿en Córdoba? ¿en Montoro? ante la belleza cautivadora de la hermana de don Lope y don García. Cegaron sus ojos. Sus ojos que habían mirado frente a frente el sol de Italia reflejado en la plata de los canales del Véneto, reflejado en la esmeralda de los viñedos de Nápoles, reflejado en el oro de las trenzas rubias de las dulces v blancas v suaves muchachas que se coronaban de rosas presintiendo al Tiziano, en los incitantes y floridos jardines del Transtevere, ¡tan amorosos!

Diciembre, 1949.

**L**as.ccc.del  
famosísimo  
poeta juan de  
mena có glosa

